

Rhina Landos  
Martínez André

*La producción literaria  
latinoamericana y  
el canon*



Con la modernización e internalización de los medios de comunicación de masa las distancias entre los discursos periféricos y los del centro se han ido reduciendo. Sin embargo, la mayoría de los grupos periféricos que dispone de una enorme capacidad de debate y tiene urgencia en diseminar su discurso sigue excluida de los escenarios donde se desarrollan los debates decisivos. Las estrategias de interpelación a partir de las márgenes se potencializan y dimensionan con el intento de dislocar el discurso centralizado históricamente. Pero la idea importante que surge en estos nuevos tiempos, y con estos grupos estudiosos, es que cualquiera que sea el abordaje para analizar esas relaciones, queda claro que se debe tomar una posición y esta necesariamente tiene que ser política. De tal modo que ya es común en los estudios literarios y en los estudios culturales echar mano de las oposiciones centro/margen, centro/periferia, global/local, cosmopolitismo/nacionalismo, bien como determinar categorías tales como dislocamiento, desterritorialización, diáspora, entre otras, o aun, representación y diferencia. Es también relevante el hecho de que el debate epistemológico de los estudios poscoloniales está surgiendo de los países que se consideraban sin potencia para oponerse al discurso central. Se visualiza con esto una cierta apertura para los intelectuales de la periferia porque están consiguiendo salir de sus fronteras, alcanzando un espacio en el actual medio globalizado.

El poder discursivo en América Latina siempre estuvo sujeto al discurso hegemónico desde la época colonial, y este poder de

enunciación que emana del centro, Ángel Rama, en su audaz ensayo de 1984, lo definió como «la ciudad letrada», o sea, el lugar en América Latina desde la colonia, donde se elaboraba y emergía el discurso canónico. En este espacio se acumulaban los portavoces de la producción intelectual:

«En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaba su plenitud en las capitales virreinales, hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales; todos esos que manejaban la pluma estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Frederici ha visto como un país modelo de funcionarado y de burocracia». (Rama, 1984: 25)

Aunque Rama se remita al período virreinal, la muy famosa «ciudad letrada» está siempre viva y actuante. A pesar de que se ha modificado según soplen los vientos sociopolíticos y culturales, su papel de mediadora ha ampliado su base adaptándose a las situaciones cambiantes. Es notoria la hegemonía que mantiene incluso en pleno siglo XXI, en una ramificación heterogénea de posturas y de especialización en áreas. Tal es su poder, que llega no solo a fijar los parámetros de la producción en el campo de las prácticas literarias, sino también en casi toda la producción intelectual y aún tiene la hegemonía de legislar o determinar modelos construyendo jerarquías sociales con la palabra escrita y operando a través de las instituciones que controlan la articulación social, como las universidades, las empresas editoriales o la prensa.

En el espacio de los medios de difusión editorial, la «ciudad letrada», tiene la salvaguarda para apreciar o depreciar las producciones en la medida en que puede otorgar o negar el espacio a los discursos que no vengan de su esfera porque pueden discrepar en su función. Bien es sabido que los libros y sus autores precisan del mercado de las editoras del centro para divulgar su valor, o sea, hay que pasar por el ritual del mercado editorial que se encuentra en los centros más desarrollados, con lo que se refuerza la relación perniciosa del centro y la periferia. Recordemos que los libros solo existen por el número de lectores que los aprovechan y las obras se legitiman con los lectores, al ser divulgadas por ellos y por los estudios críticos que se realicen.

La producción literaria latinoamericana dado su vínculo a un sistema de educación elitista, siempre ocupó un lugar exclusivo y, como señala Rama, ha sido recalcitrante en articularse con la cultura popular pues esta también ha participado en el proceso hegemónico del canon con los sectores dirigentes —los letrados— y con la función de estos en ese proceso; circula entre un sector reducido y solo alcanza una cotidianidad restringida. Claro que no podemos negar que en diferentes momentos de la historia latinoamericana ha habido prácticas literarias que contradicen, en menor o mayor medida, los cánones vigentes porque no se avienen a los géneros determinados, hasta el punto de medir fuerzas en el espacio discursivo, lo que confirma su posición significativa dentro de los sectores letrados porque prestan un servicio importante a la política de los grupos de la periferia.

Dentro del otro gran sector, el de la crítica literaria, «la ciudad letrada» desde los centros hegemónicos de los claustros universitarios determina la suficiencia o insuficiencia de los textos. Al amparo en su espacio letrado académico toma la materia prima de la literatura y la devuelve manoseada en artefactos críticos sofisticados. Hay ocasiones en que surgen eventualmente posiciones de interés hacia los grupos subalternos o marginados, que colocan en duda esa aproximación. Algunos críticos justifican esta actitud como postura de solidaridad para que las voces populares puedan encontrar mayor expresión.

La escritora negra Bárbara Christian, en su artículo «La disputa de las teorías» explica que utiliza esa expresión para referirse a las teorías en uso por la hegemonía académica de los grandes centros «en su jerga lingüística» —para dar énfasis a sus profetas— por su inadecuación para referirse a las literaturas actualmente en emergencia en el mundo. Cito:

«Siento que el nuevo énfasis en la teoría literaria crítica es tan hegemónica cuanto el mundo que ella busca atacar. Veo el discurso creado por ella como algo que mistifica nuestra condición en vez de aclararla, haciendo que algunas personas que dominan ese lenguaje en particular, puedan controlar el escenario crítico. Vale mencionar que tal lenguaje solo emergió cuando la literatura producida por personas de color, por mujeres negras, por latinoamericanos, por africanos comenzó a aproximarse al “centro”. Palabras como “centro” y “periferia” son instructivas por sí solas. “Discurso”, “canon”, “textos”, palabras tan latinas

como la tradición de la que provienen, me son bien familiares. Debido al hecho de haber frecuentado una escuela católica misionaria en las Indias Occidentales, debo confesar que no puedo oír la palabra “canon” sin sentir olor a incienso; la palabra “texto” me trae a la memoria agonizantes exégesis bíblicas; “discurso” exhala a metafísica que fui forzada a engullir en aquellos cursos que revisaban la filosofía “mundial”, de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino hasta Heidegger. “Periferia” también es una palabra que la oí a lo largo de toda mi infancia, pues nada era visto como más periférico que las tales pequeñas islas caribeñas, que no tenían mucha tierra ni poder militar. Mas yo observaba qué tan importante era tal periferia, ya que las tropas de los Estados Unidos estaban siempre invadiendo una u otra de esas islas dado el caso que cualquier mudanza de control político amenazase ocurrir.

Mientras vivía entre un pueblo para quien la lengua era una forma absolutamente necesaria de validar nuestra existencia, me decían que las mentes del mundo vivían solamente en el pequeño continente de Europa. Así, debo admitir que el lenguaje metafísico de los Nuevos Filósofos me es repulsivo, siendo uno de los motivos por los cuales corrí de la filosofía para la literatura, ya que la última me parecía dar la posibilidad de representar el mundo de forma tan grande y complicada como lo experimentaba, tan sensual como yo sabía que era. Sentí que en la literatura había posibilidad de integrar sentimiento y conocimiento, en vez de la cisión entre lo abstracto y lo emocional que la filosofía occidental inevitablemente cultivaba». (Cristian, 2002: 32).

La autora quiere desmitificar el discurso manipulador del centro, al mismo tiempo que ilustra sobre el papel de las teorías críticas que provienen explícitamente de un lugar único y cuánto estas disputan el espacio no solo académico, sino físico y psicológico.

Castro Rocha, profesor de la Universidad Estatal de Río de Janeiro -UERJ, citado por D’aulizio, tejió unas consideraciones en la Mesa *La América Latina como lugar*, en el encuentro de ABRALIC, realizado en Río de Janeiro, en las cuales criticó la actitud académica de importar de forma dócil el modelo teórico de los países centrales —especialmente los de lengua inglesa— aun para tratar los llamados «estudios pos-coloniales», un área

preocupada sobre todo con las consecuencias culturales del proceso de colonización.

Si alguna reflexión puede ser hecha esta debe ser por nosotros mismos. El pensamiento latinoamericano siempre se relacionó con el desenvolvimiento de reflexiones sobre la condición colonial y pos-colonial. Por tanto, contamos con una larga y rica tradición de análisis de la condición pos-colonial. Por lo tanto, es absurdo que profesores y estudiosos latinoamericanos ignoren su propia tradición y fundamenten sus trabajos en teorías y abordajes desarrollados en las universidades de los países más ricos. Aceptar pasivamente tales teorías y abordajes equivale a internalizar el colonialismo intelectual y académico. (D'Aulizio, 2006, 10)

Pero, ¿qué tiene de particular esa crítica?, nos preguntamos. Observemos que el *campus* de las universidades modernas que nos sirven de modelo - norteamericano y europeo - generalmente está apartado de la vida social, política y cultural de los ciudadanos comunes, aunque no de los lugares donde se toman las decisiones políticas y económicas. Estas instituciones científicas que ocupan los espacios privilegiados, las más de las veces moldean y procesan los objetos de estudio a su conveniencia y luego difunden los resultados a través de textos que se constituyen en el modelo de análisis para otros espacios, que por el hecho de provenir de las metrópolis con poder económico y político se tornan arquetipos académicos. Por otro lado, los objetos de estudios seleccionados de acuerdo con intereses internos y no a partir de intereses de los lugares de producción, tienden a convertirse en meros pretextos para un debate cuya pertinencia es ante todo interna. Tales preocupaciones se manifiestan cíclicamente bajo forma de estudios científicos que suelen volverse, como otras modas, altamente coercitivas. Independientemente del grado de eficiencia para la explicación de los procesos históricos o socio-culturales que se desarrollan en el vasto mundo, tales modas alcanzan durante un tiempo de su vigencia académica, el *status* de dogmas que determinan en gran medida, dentro de su espacio, la orientación de los estudios. Así lo muestra la historia de la academia norteamericana de las últimas décadas, por ejemplo.

Veamos la fascinación que tuvo esta academia por la literatura de testimonio, aquella producción que surgió durante los años

sesenta a ochenta en casi todos los países latinoamericanos con el objetivo inicial de denunciar la violencia de los estados dictatoriales. A propósito, no se trata aquí de menospreciar esos aportes, importantes por tratarse de una reflexión poscolonial que viene del Centro al que se contraponen el discurso alternativo con otros intereses académicos y políticos. La literatura de testimonio fue una alternativa por quebrar el código canónico de la literatura de elite rompiendo la forma, los temas y la manera de su edición; sin embargo, tuvo que acudir a la ciudad letrada para conseguir el espacio editorial. Fue una producción instigante a tal punto que autores de la altura de Antonio Cándido, Alfredo Bossi, Ángel Rama, Ricardo Piglia, Roberto Fernández Retamar, entre otros, se arrojaron incisivamente para el análisis. En un trabajo inédito que elaboré recientemente enfoco la utopía del subalterno; allí cito la actitud de «solidaridad» de las instituciones internacionales y de las academias científicas, pues estas prestaron particular atención a realizar acciones –notables e innegables– de «solidaridad» con los grupos subalternos y su producción, en las dos últimas décadas del siglo.

La academia crítica norteamericana y la academia sueca, por ejemplo, dos instituciones académicas de nombre internacional, vuelcan su mirada crítica no solo a la producción literaria latinoamericana sino también hacia este espacio geográfico. Mucho antes que estas se manifestaran, la academia latinoamericana Casa de las Américas de La Habana, en 1970, ya había estatuido el Premio Internacional a esta categoría de producción testimonial, prohibida y censurada por los aparatos ideológicos de los respectivos países. La academia norteamericana abrió el diálogo para la crítica sobre esta producción que ya había alcanzado niveles de diseminación continental y extracontinental, una vez que adquiere su marco de legitimación con el Premio. Las cuestiones teórico-conceptuales que esta producción suscita vienen a ocupar un extenso espacio en las universidades norteamericanas en el afán de definir sus contornos y entornos, discutiendo no sólo las coordenadas históricas y sistematizando el extenso *corpus*, sino también, analizando la estructura de los relatos.

La otra academia que enfoca su atención a los grupos subalternos de la región, es la academia sueca, al conferir el Premio Nóbel de la Paz a la indígena quiché guatemalteca Rigoberta

Menchú, en 1992, por su papel de activista política al denunciar el genocidio que sufrían los indígenas quichés del altiplano guatemalteco. Aun, la Organización de Estados Americanos, OEA, dirigió su mirada a este continente y promovió una investigación exhaustiva sobre ese genocidio que relata Menchú en su libro: *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, a través de la Comisión de la Verdad, establecida por los Acuerdos de Paz entre el gobierno guatemalteco y los grupos insurgentes, en 1996. Después de un año y medio de minuciosas investigaciones, esta Comisión comprobó la veracidad de los hechos y elaboró un informe el cual fue entregado por su Director, Christian Tomuschat, a la OEA, en febrero de 1998 (Pratt, 1999: 24).

Como vemos, Europa y Norteamérica, los dos grandes mitos hegemónicos colonizadores, materializados en sus instituciones «altruistas» y a través de sus medios de poder académico y político se solidarizaron con los grupos periféricos. Tal vez vinieron a solidarizarse con los grupos subalternos porque se debió a un sentimiento de redención o absolución. La misma OEA procuró ocupar un espacio político-ideológico de solidaridad, aprovechando la coyuntura de la época.

La actitud de las tres academias y la de la OEA colocan en el palco de la discusión la nueva configuración de «altruismo» que adquiere la *ciudad letrada* hacia los sujetos de enunciación, directamente ligados a los grupos tradicionalmente silenciados, que hablan o escriben por ellos mismos. En una palabra, hacia «quienes-carecen-del poder discursivo», «los otros», «los sin historia», «los desplazados», en palabras de Martin Lienhard, porque no tienen una designación específica sino que «hay movilidad de discurso y de semantización, pero no hay movilidad social para ellos», tal como opina este etnógrafo. Dejo abiertas las indagaciones que pueden resultar de esta actitud de las academias y de la OEA, porque vale la pena preguntarse ¿cuáles fueron las mudanzas sociales, económicas y culturales que trajeron para los grupos subalternos, tanto la solidaridad internacional, como los debates críticos y los acuerdos de paz? Si miramos a nuestro alrededor están permanentemente estabilizados en su condición de subalternidad.

Volviendo para Brasil, el año pasado durante los días 22 y 23 de julio se realizó en Ipanema, Rio de Janeiro, en el auditorio de la UniverSidades un debate sobre los discursos del centro y la

periferia en el cual participaron profesores de la Universidad de São Paulo-USP, de la Universidad de Río de Janeiro-UERJ, entre otros. Affonso Romano de San'Anna reflexionó sobre la actual dislocación de nuestra cultura, en la cual los valores y conceptos están invertidos y subvertidos a un nuevo orden, y criticó el paternalismo por parte de los intelectuales del centro por la producción cultural que llega de la periferia. En la misma línea, Víctor Hugo Pereira, también profesor de la UERJ, criticó el dominio y el control de la representación de la periferia por el Centro, que determina el lugar y las reglas de inclusión del pobre, del negro, de las minorías en la sociedad. Jorge Rocha, periodista, fundador del *blog* de literatura *Paralelos* y de la revista virtual *Patife*, denunció la falta de voluntad política para apoyar eventos ligados a la producción literaria, así como Raphael Vidal, editor de la revista *Bagatelas!* defendió la importancia de las ideologías que hay al hacer literatura por encima de los reveses financieros y la falta de incentivos.

Lo interesante, reflexiona, es llegar a la conclusión de que trae muchas ventajas estar en los márgenes y no en el centro, pues es esta una literatura alternativa que abre perspectivas de futuro, se posiciona del lado del que necesita estar en un lugar, enfrenta normas, cánones, tradiciones, y rompe con los límites del lenguaje, aun el de la misma literatura.

Paulo Roberto Pires en el artículo «Estilhaços da ficção», resultado de un Seminario cuya temática fue la Literatura Partida, afirma que la diseminación en internet a partir de la segunda mitad de los años noventa contribuiría fundamentalmente para transformar de forma radical este paisaje desolado. La literatura —y lo literario— no pasarían incólumes por la aceleración que la web impuso a la producción y difusión de informaciones. Con la simplificación de las formas de acceso a la gran red, esta comenzó a ser poblada por un número mayor de textos. Sin embargo, es impreciso y reductor afirmar que una «demanda reprimida» acabó deslizándose por Internet; el hecho es que esta se mostró el medio ideal de expresión para escritores jóvenes y ni tan jóvenes que se sentían excluidos de la vida literaria o, lo que es mejor, se están venciendo las barreras tradicionales y al margen del mercado y sus convenciones. Esta mudanza acaba por alterar de forma sustancial el trabajo del editor y resignificar conceptos cristalizados y anacrónicos dentro de la crítica literaria.

En una reflexión similar Ricardo Piglia elige en «Una propuesta para el nuevo milenio», publicada en el *Cuaderno de Cultura Margen/Márgenes* en octubre de 2001, lo que él llama de *desplazamiento, distancia, cambio de lugar*, que significa «salir del centro, dejar que el lenguaje hable también de las orillas, lo que se oye, lo que llega del otro». A partir de esa postura él ve las ventajas de no estar en el centro y de desplazarse por las orillas. Para imaginar ese mundo alternativo, evoca la noción de comienzo, de algo que abre camino, en una perspectiva que se enclava en otro lugar (al margen).

La pregunta sobre la literatura del futuro, por consiguiente, es también una pregunta sobre el límite. La cuestión, como pondera Piglia, tal vez se deba al hecho de que escribir lleva a los escritores a confrontarse con los límites de la literatura, lo que implica reflexionar sobre los límites del lenguaje, pues muchas veces lo que se quiere publicar es aquello que tiene relación con lo cotidiano que fragmenta a cada instante: la violencia, el horror, lo precario, etc., porque esto tiene una significación diferente para quien la vive. Por tanto, hay dos mundos: el mundo del letrado y el mundo del silenciado o del mundo popular. Esto es, hay que estar en el lugar del otro para hablar o en la voz del mismo.

En fin, podemos decir que en su ejercicio de ficción la producción literaria latinoamericana, en esa forma sui generis de manifestarse, busca encontrar ese valor suplementar (las ventajas de estar en el margen) que podría persistir en la literatura del futuro, de una literatura potencial, lo que envolvería inferir la realidad que esa literatura postula.

### **Bibliografía**

- CHRISTIAN, BÁRBARA: «A disputa da teoria», *Rev. de Estudos Femininos* 10(01), Florianópolis, Janeiro, 2002.
- CORDEIRO GÓMEZ, RENATO: *De Italo Calvino a Ricardo Piglia, do centro para a margem: o deslocamento como proposta para a literatura deste milênio*, Rio de Janeiro: UFRJ, Programa de Pos-Graduação em Letras Neolatinas, Faculdade de Letras, 2006.
- D'AULIZIO, LUCIANA: *Encontro Regional da ABRALIC*, Rio de Janeiro, UFRJ, 19 de julho de 2005.

- GARRAFIELD, FERNANDA: *FLAP! traz grandes literatos e uma platéia seleta*, Rio de Janeiro, 22 e 23 de julio, 2006.
- LIENHARD, MARTIN: «Voces marginadas y poder discursivo en América Latina», in *Revista Iberoamericana*, LXVI (193): 785-789, Oct.-Dic., 2000.
- PIRES, PAULO ROBERTO: *Estilhaços de ficção, literatura viva*. Fórum Virtual: O que é literatura?, Rio de Janeiro-UFRJ: <http://www.pacc.ufrj.br/literatura/index2.php> CNPq-PAPERJ, 20 de Oct/ 2006.
- PRATT, MARY LOUISE: «Lucha libros, Rigoberta Menchú y sus críticos en el contexto norteamericano», en revista *Nueva Sociedad* (162): 24-39, julio-agosto, 1999.
- RAMA, ÁNGEL: *La ciudad letrada*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.